

Novela de mis novelas:

Los Perros Hambrientos

Por CIRO ALEGRIA

La peripecia de la obra de arte es vi-
viente y dinámica. La existencia de la
novela, pongamos por caso, no comienza
en el primer renglón que traza el autor
ni termina cuando el mismo, después de
haber llenado afanosamente muchas cari-
llas, estampa la satisfactoria palabra fin.
En realidad, nace lejos, sin duda con el
propio nacimiento del creador —o recrea-
dor—, crece junto con sus experiencias y,
una vez cumplida, marcha —desligándose
de su padre y cobrando autonomía—, a
entenderse, en cierta justa, con el tiem-
po o más bien con quienes dan a éste va-
lidez y categoría: los hombres.

Así, entonces, no me parece presuntuo-
so relatar la génesis de las novelas que ha
escrito hasta hoy. Sus ingredientes bullían
en mí desde la infancia y volcarlos —den-
tro de la concepción del hecho en sí— fue
más tarea de redescubrimiento que de ima-
ginación. Como en el mármol de Miguel
Ángel —salvando las distancias precisas—
la obra estaba allí y sólo faltaba desvas-
tar lo superfluo. Pero las contingencias ex-
ternas tienen —lo sabemos todos— un no
torio papel condicional. Del choque de la
categoría humana con los acontecimen-
tos cotidianos nacen la historia y la ané-
dota y esto es, en principio, la novela.
¿Qué de extraño, pues, que la misma no
vela, ser vivo, tenga su nacer y su acon-
tecer, su historia y su anécdota, en su
ma, su novela!

"Los Perros Hambrientos" nació de la
lucha por la vida en un sentido estricta-
mente biológico. Convalencia de una grave
enfermedad en la Casa de Salud de San
José de Maipo. Pero el frío invernal no
cuadra bien a mi conformación de hom-
bre del trópico y una pleuresía me atacó,
en alas de la nieve y el viento, muy vi-
vientemente. Los lavados no se hicieron
esperar. Muchas veces supe del resuello
del troquer en mi caja torácica. Y como
el destino lo exige a uno para hacerle
desempeñar, a veces, extraños papeles,
en aquella ocasión me señaló para que fue-
ra uno entre los mil. Esta es la propor-
ción en que se produce la embolia. Yo la
tuve. Una burbuja subió desde la pleura
al cerebro. El pequeño émbolo de aire
impidió la circulación sanguínea y caí
muerto.

No en definitiva, por lo visto, porque
a las dos horas resucité. Pero estaba ciego
y con medio cuerpo paralizado. Poco a po-
co fui recobrando la vista y también el
movimiento. Pero veía a los hombres co-
mo en un espejo de risa —en realidad,
me resultaban muy poco risueños— y mi
campo visual se había reducido. Además,
tenía raros desórdenes motrices a tal pun-
to que, al escribir, suprimía letras de las
palabras, hacía emes de cuatro rasgos,
eles como elles y toda combinación de con-
sonantes me resultaba una maraña. Para
peor, me olvidaba frecuentemente de las
palabras. Sabía que en alguna latitud del
dioma existía el vocablo buscado, pero no
atinaba a dar con él del mismo modo que
no se acierta con el nombre de una per-
sona a la cual, sin embargo, podemos des-
cribir en su sicología y sus rasgos. Cuan-
do lo encontraba, tenía la impresión de
haber encontrado un viejo amigo. Como
con todo tesoro, no se sabe valorizar el
del habla sino cuando se lo pierde. Siem-
pre el único que había tenido, limitado y
todo, me sentía pobre de solemnidad. Y
enfrentando todas estas dificultades lle-
gó un día el doctor Juricic —quien es
por lo demás moral y científicamente un
médico— a recetarme que escribiera. Se-
ría un buen ejercicio para flexibilizar los
recortes afectados y volver las funciones
a su punto. Por espacio de algunos días
estuve parateando sin ser ni ton. Posi-
blemente produje entonces muchos poe-
mas surrealistas. Y conste que no quiero
tomarles el pelo a los surrealistas ni a
otros ístas. Sé que muchas valiosas ex-
presiones estéticas han nacido de hallazgos in-

sólitos e insospechadas adivinaciones. Pero
después deduje que sería mejor y más te-
rapéutico errar mis energías dentro
de una labor coherente y resolví empeñar-
las en una novela ¿Cuál? Ninguna de las
que tenía comenzadas o en proyecto me
seducía. En todas había puesto mucha fe
y retomaba ahora se me antojaba una
frustración. ¿Cuál? Con la noche solían
aullar algunos perros encerrados en la
caseta ubicada en medio del pinar que ro-
dea el sanatorio. Eran broncas sus voces,
pero una de ellas, débil, pequeña, alar-
gaba un agudo acento. Su lamento nocturno
me martillaba mis oídos con una incansa-
ble pertinacia. Y entonces recordé. En
tiempos lejanos, siendo un niño de cua-
tro o cinco años, había escuchado yo vo-
ces parecidas a la pequeña y aguda, mien-
tras la sombra ceñía apretadamente la
cordillera andina. Había escrito también
un cuento llamado "Los Perros Hambrien-
tos". Viendo el asunto con más amplitud,
una novela saldría de allí. Todo podría
ser, si esta mi media vida de ahora con-
sentía en dar las fuerzas necesarias. Mis
recuerdos, a los que podría llamar especí-
ficos o del caso, fueron despertando y
atravando hacia sí a otros. Mi abuela Jua-
na —anciana que murió de más de cien
años— acostumbraba relatar acontecimen-
tos de su larga vida y, entre otros, los de
una hambruna que le tocó presenciar en
su niñez. Por mi lado, figuras de cholos
se fueron dibujando cada vez más nítida-
mente. Algunas de sus facetas caracterís-
ticas, que se me habían quedado inéditas
en "La Serpiente de Oro", reclamaban ex-
posición esta vez. Y así, una novela planea
da sobre perros fue dando ingreso, página
a página, a los hombres. Terminó por
adueñarse de mí íntegramente. Llegué a
olvidarme de los fines medicinales. Sólo
Juricic observaba, con una sonrisa alegre
cómo, cada día, la pluma corría con más
vivacidad. La mano se entendía mejor
con el cerebro. De mi parte, advertí de
pronto que podía distinguir la albura de
la páginas en toda su amplitud. Pero ya
no era ello un asunto fundamental. Lo im-
portante era de nuevo mi trabajo. Prose-

guía regularmente llenando, de principio
a fin, mis horas disponibles. Al cabo de
un mes, justamente, había llovido sobre
la gris y sedienta tierra donde tanto su-
frieron los animales y los hombres. Había
puesto fin.

Con la normalidad de mis funciones,
tenía trescientas carillas: "Los Perros
Hambrientos". Y otra vez vi en el diario
que se postergaba un concurso, ahora el
abierto por Zig Zag, y otra vez resolví
presentarme. Mis amigos de sanatorio
contemplaron mi intervención sonriendo
pero probar fortuna no está mal cuando
eres pobre y no se cuenta más que con
su trabajo. En una concurrencia de sesen-
ta y dos novelas, obtuve el segundo lugar.
El más sorprendido de todos fue Juricic:
"Si, yo soy testigo de las condiciones en
que usted escribió su obra!". Después se
sumo que el jurado, en un momento, enca-
rta la división del primer premio, pero no
lo hizo ateniéndose a las bases. Menciono
esto porque habladurías literarias —ema-
naciones delectables de un mundo bastan-
te descompuesto— me presentan desapro-
bando el fallo. No desapruébo nada. Den-
tro del concepto que tengo de nuestro tra-
bajo de escritores y sus fines, no entran
países rivalidades ni tampoco soy de los
que desestiman la personalidad de un com-
petidor para potenciar la propia. A cada
uno lo suyo. Estrecho la mano de Azócar.

Y he allí, en suma, lo que yo he que-
rido llamar la novela de mis novelas. El
lector atento habrá notado cómo la le-
tra viene de la sangre y la vida, con el
ritmo y las experiencias del creador. Si es
arte el mío y si el arte es una virtud la
sinceridad, yo la reclamo. El mismo lector
también habrá notado y sabido perdonar
el largo pero obligado abuso de la prime-
ra persona en esta narración. No podía
eludirlo. Mas cuando la he escrito para
cierta gente de letras, joven y fraternal,
que se interesa por mí y tiene igualmen-
te ante ella su trabajo y su esperanza. Pe-
ro tampoco debe atribuirse una actitud
magisterial ni el aire de quien ha puesto
una pica en Flandes. Demasiado bien sé
que el camino es largo y acezante.

La imagen en Martín

Por ARNOLDO CASTILLO

Nombrar la poesía de Martín Adán
o César Moro (1) resulta siempre una
posibilidad de la transparencia, un des-
tino de ardua lucha para la imagina-
ción. Las maneras de explorar ambas
escrituras resultan siempre a la postre



CESAR MORO

Hugo Sotil en de Carava

Por TARSICIO

¡GOL voz que sabe valerse por sí
y en tal hegemonía de cuchipanda codo
para poner en pie a los cadáveres de
cuestión de hacerlos tus enfervorizados
sin correr riesgos de amotinamiento.

¡GOL palabra que en nuestra boca
proporciona un credo en la boca
únicamente a los blanquitos de Perú
selenco a prueba de todo bien acuña
logramos desbaratarles su conspiración
contra nosotros a esa gente de royal
en el

¡GOL esa voz me da alcance en el
en donde el Maraón rinde cuentas al
¡GOL esa voz me echa lazo al
en el mismo escenario donde se llevó
entre apaches faroleros y yanquis

¡GOL si vertiginosamente esa voz
estar manejando sin cautela aquí en
mi recién salida facha de cholo del vien-
te

¡GOL contra Nahuel y el Aconca-
y a turno responden:

"veralca que toco en albarán la cor-
re

¡GOL la misma palabra que rec-
castrense beso de mavorcio;

la misma que en muchas de las
para rescatarnos de spleen

trata de comerciar con el divorcio

¡GOL la misma para surtir efect-
Esa voz te pone en juego de Tra-

alegoría de Trainón:

la misma voz que imprimió escaques
de feliz habitante europeo

sobre tu futura fisonomía y economía

¡GOL con esa voz me crecen las
de sentirme más ligado a Malvinas

frente a tu compromiso con Barcelona

por medio de una flamante VELJONE

en plena convicción de consagrarnos am-
vestidos de etiqueta a saturarle mo-

y hasta el vértigo oprimir—percutir
cualesquiera de sus manidas teclas

con el dedo izquierdo que ha de sacar
a los discos de su prisión a través de la

GOL

Tarsicio Navarro (Santiago de Luren)

mientos", prepara el poemario "Gloria

